

Relegación, desplazamiento, conflicto

Notas para pensar la cuestión social urbana en la Argentina contemporánea

DANIELA SOLDANO*

Puede decirse que los recorridos que emprendemos en nuestra vida cotidiana y que las zonas y sitios que estos van enhebrando se vinculan estrechamente a nuestras capacidades de imaginación y producción. Se dirá en estas notas, a nuestra condición de clase. Pero no solo la cantidad de desplazamientos, la superficie recorrida en estos y las zonas enhebradas sino el significado de esos recorridos, los deseos y expectativas que los motivan: sus metas.

* UNGS – CONICET

La cuestión de los desplazamientos cobra enorme importancia en espacios metropolitanos, esto es, no solo urbanos, sino funcionalmente complejos. Vivir en una metrópoli suele imponer a sus habitantes y visitantes cubrir amplias distancias debido tanto a la dinámica de su mercado de trabajo como a la disponibilidad –en general no igualitaria en su distribución y calidad– de servicios educativos, sanitarios, para el esparcimiento, etcétera.

Reconstruir esos accesos y usos diferenciados a los servicios –y a la ciudad– constituye un interesante punto de mira desde el cual intentar comprender la cuestión social en clave “desigualdad”. Interpretar la naturaleza de los recorridos, el contenido de las metas y la riqueza y/o pobreza de los intercambios entre los distintos sectores sociales permite dilucidar la lógica de una sociedad fragmentada. Muchas lecturas ya se han hecho sobre nuestra cada vez más delineada “forma archipiélago”, en el que las condiciones y modos de vida urbanos se van replegando en una suerte de “islas”, debilitándose los espacios sociales de intercambio y donde los vínculos con los otros (“los distintos a uno”) se vuelven esporádicos y controlados. Pero todavía hemos interpretado poco el modo en el que sentido común está procesando este creciente proceso de diferenciación.

En estas breves notas quiero proponer una reflexión sobre la desigualdad socio-territorial, a propósito de mi propia investigación y de los sucesos que están implicando a los recuperadores urbanos en la actualidad.

¿Salir del barrio? ¿Para qué? El territorio como construcción social

Entre los años 2003 y 2004 estuve haciendo trabajo de campo en un barrio emplazado en el noroeste del Conurbano Bonaerense, una de las zonas más pobres del área metropolitana. Mi objetivo central era reconstruir y comprender las experiencias cotidianas de las familias que, habiendo padecido el deterioro de sus condiciones de vida y de trabajo, pasaron a integrar –en ese mismo derrotero y sin retornos– las filas de las “poblaciones-objeto” de los distintos programas sociales focalizados en la pobreza extrema.

En el intento por comprender las transformaciones identitarias de esos actores, la condición territorial se impuso de manera creciente. Se trataba de biografías especialmente marcadas por la relegación social y urbana, es decir, inscriptas en una “territorialidad” particular.¹

El Remanso –como denominé al barrio que se constituyó en escenario de esa investigación– es un espacio moldeado al calor de tres dinámicas: la “explotación” de su paisaje y su contexto, la vulnerabilización y marginalización socio-laboral de sus habitantes y su creciente aislamiento relativo. En efecto, contrastando con los muros deliberadamente alzados de las urbanizaciones cerradas que lo circundan estos barrios fueron siendo “encerrados” a partir de la yuxtaposición de mecanismos de relegación; no solo el objetivo y mensurable en sus niveles de conectividad sino también el subjetivo, es decir, aquel generado desde las percepciones que sus habitantes producen sobre el lugar que ocupan y sobre las distancias respecto de la sociedad y la ciudad vista en perspectiva.

En general sus habitantes viven al barrio como un “pasivo” (Saraví, 2004) padeciendo las murallas que este suele anteponer en las distintas transacciones con habitantes de otros territorios. En efecto, vivir en este tipo de lugares impregna a los sujetos de atributos identitarios negativos y cargados de estigma: la peligrosidad, la vagancia, la comodidad de la asistencia. Obviamente, la experiencia también puede contener situaciones gozosas para las personas, pero aquí quisiera llamar al atención sobre el territorio cotidiano como parte de un repertorio de capitales fuertemente condicionante de las oportunidades y de las autodefiniciones.

Además, vivir en un territorio de relegación urbana (Wacquant, 2001) no solamente significa tener cada vez más dificultades para salir, co-

¹ Siguiendo a autores como Silva (1991) y a Soja (1985) el concepto alude a la producción social, política, económica y simbólico-cultural del espacio habitado; implicando al conjunto de los procesos de marcación y apropiación que realizan sus habitantes, dado el sistema de poder vigente.

nectarse, desplazarse e intercambiar con los otros que viven “afuera” –es más, la virtual desaparición de los proyectos “barrio afuera”– implica que cada vez menos gente quiere entrar en este tipo de espacios. El gobierno y la policía, quienes aparecen como los responsables de la contención –tanto del deterioro de la infraestructura social básica como del desborde y el delito– son sinónimo de absoluta ineficiencia.

La *insularización* (Soldano, 2007) se produce, entonces, como el resultado de un haz de causas. Desde afuera, como efecto de la fuerza centrífuga de los mecanismos de integración fallados (mercado de trabajo, provisión de servicios, regulación deficiente), intervenciones focalizadas con criterios territoriales que refuerzan el relegamiento en vez de recuperar lazos o conectividad con la sociedad ampliada. Desde adentro, en espejo de lo anterior, a raíz de la falta de dinero y de la erosión de las percepciones de integración (de metas “barrio afuera”) En estas percepciones del aislamiento, además, intervienen a su vez escalas particulares que reifican la *insularización*. A menudo, la cuadra o el recorrido entre la casa y la escuela constituyen los trayectos o áreas del territorio significativos para los actores. En este sentido, para muchos vecinos, incluso el barrio de El Remanso, (en tanto espacio integrador de las prácticas y las representaciones) queda demasiado lejos.

La ciudad como laberinto

En el pico más agudo de la crisis de fines de 2001 se inicia un proceso que podría cuestionar la pertinencia de la hipótesis sobre los “territorios diferenciales” que acabo de plantear. Buenos Aires se pobló, literal y cotidianamente, de “cartoneros”.² Para horror de algunos, pena de otros y perplejidad de todos, la ciudad quedó impregnada de niveles de “necesidad” hasta el momento desconocidos. Por supuesto que el cenit de la crisis no inventó a los “cartoneros”. La insatisfacción crónica de necesidades era un estado padecido por buena parte de estos sujetos desde hacía largos años. Lo nuevo era el nivel de visibilidad de esta realidad y la interpelación que arrojó a la cara de la sociedad toda.

Entre sus enormes y polifacéticos contingentes se encontraban algunos de los vecinos de El Remanso, quienes se colgaban –literalmente– del tren San Martín en una improvisada estación sin andén, en el límite entre José C. Paz y Pilar. Para ellos, “salir del barrio”, se cons-

2 Denominación corriente de los sujetos que se dedican a la recolección informal de residuos para la recuperación de cartón y otros materiales que luego serán vendidos a acopiadores. Los “cartoneros” son el eslabón más débil de un circuito de reciclaje de alto valor económico y que incorpora, al final del ciclo, a las grandes empresas. Para un análisis de la temática véase Schamber – Suárez (2007).

tituyó en una táctica relativamente eficiente de obtención de recursos, que tendió a hegemonizar rápidamente su repertorio de sobrevivencia. A pesar de las discontinuidades que imprimía a las rutinas familiares, escolares e incluso identitarias para muchos actores con los cuales yo estaba conversando –puesto que eran receptores de planes asistenciales– la cuestión de “salir y recorrer” se impuso categóricamente como opción.

Algunos investigadores del fenómeno describieron estas prácticas como una suerte de conjuro a la relegación social y urbana y de la desigualdad. De algún modo, la sociedad se estaba “despabilando” y “encontrándose en la calle”. En efecto, vecinos de asambleas barriales, organizaciones de trabajadores desocupados y piqueteros y recuperadores de fábricas, se encontraban construyendo, desde distintos lugares y con distintos intereses la agenda de la crisis, pensando la fractura social que se había ido instalando durante el neoliberalismo. De algún modo, también, se estaban estableciendo intercambios entre actores con experiencias de clase y capitales espaciales distintos.³ En efecto, los “recolectores informales de residuos”, que ahora eran familias enteras arrastrando carritos por la ciudad y rapiñando en la basura el alimento cotidiano, se fueron moldeando como sujetos de asistencia por distintos actores. Las asambleas barriales dieron de comer a las familias. Las vecinas de clase media y de altos ingresos improvisaron comedores comunitarios, armaron ollas en las esquinas de Barrio Norte, consiguieron ropa, apadrinaron.

Pero más allá de estas iniciativas, para el sentido común promedio la ciudad estaba siendo asediada, usurpada y desequilibrada. ¿De dónde había salido toda esta gente? ¿Cómo incluir sus recorridos y sus desplazamientos? ¿O mejor aún, cómo y hacia dónde *re-conducirlos*?

Independientemente de sus objetivos, las iniciativas de regulación que generó el Estado fueron coherentes con esta demanda más o menos explícita de la sociedad. Utilizando un ramal que se mete a la ciudad por barrios de altos ingresos el “tren blanco” o “tren cartonero” expresó –sin mediaciones– esa “necesidad” de estabilización de la imagen de la ciudad que fue exigida al Estado. Un tren especial, sin asientos, sin luces donde viajan sólo cartoneros y familias de cartoneros. Pero, además, existieron trenes especiales en todas las líneas, programados por las empresas para dar lugar a las entradas y

³ El concepto de capital espacial, tal como es propuesto por Prevôt-Schapira (2001:49) alude a “el conjunto interiorizado de formas de relación (intelectuales y prácticas) de un individuo con el espacio considerado como bien social”. Según esta perspectiva “es posible analizar el espacio en función de las representaciones y de los usos que los individuos hacen de él. Este capital se construye con la experiencia”.

salidas de este enorme contingente poblacional y para permitirles circular reduciendo al mínimo las interferencias con los recorridos y prácticas de producción y consumo de los “vecinos/ciudadanos”.

Lo cierto es que estas políticas no hicieron más que reforzar la asimetría de los intercambios entre “cartoneros” y “vecinos”, habilitando una suerte de “corredores urbanos” que unen territorios de relegación urbana con territorios de producción y consumo. La existencia de trenes para cartoneros pone sobre la mesa la enorme ambigüedad de la política pública. Permitidos y avalados por la mirada del Estado, los trenes produjeron la condición de posibilidad de las prácticas, los recorridos y los desplazamientos de los recuperadores al tiempo que contribuyeron a construir –a lo largo de los años– las taxativas diferencias entre los usuarios estándar y los cartoneros.

En un pasaje de *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia*, Cristian Alarcón (2003) describe el interior de la vida en los vagones con una minuciosidad dolorosa, haciendo sentir al lector la intemperie y la inmoralidad de la situación que se genera cotidianamente en el trajín de los pasadizos. El suceso es el accidente de un chico de catorce años y los intentos desesperados de los pasajeros por detener el tren allí donde si bien hay estaciones no hay parada previstas para los de *su* clase.

Recientemente, a propósito de un conjunto de intereses de combinación compleja, la existencia misma del “tren cartonero” ha sido puesta en cuestión. Algunos de los vecinos del barrio en el que el tren realiza su parada principal y en el que se ha erigido el nudo gordiano del ingreso a la ciudad, cuestionan la legalidad y legitimidad de los emplazamientos de recuperadores. La denuncia pone el acento en la contravención manifiesta que supone la “invasión” del espacio público. Con argumentos centrados en la preservación de la seguridad, en las condiciones de indignidad de la actividad y en la limpieza de la imagen de la calle, el gobierno de la ciudad intervino con la guardia de infantería desalojando a los cartoneros y quitándoles los carros. Unos años antes la política de desarrollo social de la ciudad los había censado, integrado a un programa oficial y explorado las posibilidades de integración al sistema de bienestar tradicional. Superada la crisis y en el cambio de gestión se ha abierto una ventana de oportunidad para que un importante sector de la opinión pública exprese su hartazgo del “desborde” y denuncie “la usurpación”.

Bibliografía

ALARCON, Cristian (2003) *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia. Vida de pibes chorros*. Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.

PRÉVÔT SCHAPIRA, Marie France (2001) "Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades" *Perfiles Latinoamericanos* Año 10, N° 19. México, FLACSO.

SARAVÍ, Gonzalo (2004) "Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural". En *Revista de la CEPAL* N° 83.

SCHAMBER, Pablo SUAREZ, Francisco (Compiladores) (2007) *Recicloscopio. Miradas sobre los recuperadores urbanos de residuos en América Latina*. UNGS-UNla-Prometeo Libros.

SILVA, Armando (1991) *Imaginario urbanos: cultura y comunicación urbana en América Latina*. Bogotá, Tercer Mundo Editores.

SOJA, Edward (1985) "La espacialidad de la vida social: hacia una re teorización transformativa". En G. Derek y J. Urry (compiladores.) *Social Relations and Spatial Structures*, Londres: Macmillan. Traducción: H.A. Torres.

SOLDANO, Daniela "Vivir en territorios desmembrados. Un estudio sobre la fragmentación socio-espacial y las políticas sociales en el Área Metropolitana de Buenos Aires (1990-2005)". En Ziccardi, Alicia (compiladora) *Procesos de urbanización de la pobreza y nuevas formas de exclusión social*. Buenos Aires-Mexico, CLACSO-CROP (en prensa).

WACQUANT, Lóic (2001) *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferia y estado*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Esta disputa por la apropiación del espacio urbano y por el uso de los servicios de transporte permite mirar desde primera fila la lógica de la fragmentación y la relegación urbana planteada anteriormente. Mientras que para algunos se trata de invisibilizar los recorridos, hacer limpieza y de-volver a su sitio a ciertos sujetos, para otros la posibilidad misma de los desplazamientos es asunto de derecho, a tal punto que puede motorizar acciones colectivas y de protesta. En ambos casos, siempre, lo que se hace cada vez más evidente es la desigual y cada vez más reificada estructura de opciones y de metas: la nitidez de las fronteras entre distintas clases de ciudadanías.

Estas fronteras deben pensarse necesariamente a contraluz de la retórica de la sociedad igualitaria que dominó –a través de sus imágenes de integración y ascenso social– el imaginario de la sociedad argentina hasta hace poco tiempo. Y de las nuevas metáforas que el sentido común está acuñando para naturalizar y legitimar la creciente desigualdad social.